

CAPÍTULO VI

El día transcurrió aburrido, Bienvenido solo deseaba que llegara la noche para dormirse y averiguar que pasó luego. Al anochecer, en cuanto terminó su servicio, corrió a su litera y se acostó. Su propia impaciencia le impedía conciliar el sueño, además le entró hambre, tenía que haber cenado. Se levantó, recordando que guardaba una caja de galletas para emergencias. Comió las sabrosas galletas y bebió de la botella de rancio coñac que siempre llevaba en los viajes, recobró la tranquilidad. Sabía que si aquella noche, Wladimiro, no se presentaba lo haría en la siguiente, o en las posteriores. En cuanto cerró los ojos, se presentó:

— Hola...

— Hola Wladimiro, ¿me cuentas como te escapaste de aquel aquelarre?

— No escapé. De la impresión, o quizás de lo que estaban quemando, me entraron tales nauseas que no pude evitar el vómito. Se apercebieron de mi presencia, me tomaron preso. El conde y su hija se aproximaron a mí, ella todavía se deleitaba consumiendo el «manjar» que portaba en su ensangrentada mano, me lo ofreció y perdí el conocimiento...

— ¡Vaya nenaza!

— A ti me hubiera gustado verte en semejante situación, listo. Cuando desperté estaba en mi lecho, me habían desnudado y llevaba puesto mi pijama. De repente el recuerdo de lo acontecido la noche anterior, me hizo reaccionar. Me vestí a toda prisa y decidí salir de allí a toda velocidad. Cuando baje al salón mi anfitrión desayunaba, como cualquier otro día. Me saludo afectuosamente y me invitó a tomar algo:

— Señor conde, deseo marcharme lo antes posible de esta casa.

—¿Rehusas mi hospitalidad?

— La rehuso, así como la boda con vuestra hija y tomar parte del absurdo plan que tramáis.

— Joven, me estás insultando y no lo consiento.

— Señor conde lamento que se lo tome así. Me voy.

— No vas a ninguna parte. ¡Guardias!

—¡No jodas! ¿Te hizo prisionero?

— Me encerraron en una mazmorra. No sé de donde aparecieron media docenas de guardias, altos como torres, anchos como armarios. Me golpearon y redujeron con facilidad y arrojándome acto seguido en un calabozo oscuro y húmedo...

—¡Que fuerte, tú!

— Si de fuertes, lo eran un rato largo. No se cuantos días me tuvieron encerrados, finalmente el conde hizo acto de presencia. Me preguntó si estaba dispuesto a colaborar.

—¿Te negarías, claro?

— Pues no, accedí a ayudarle en sus planes.

—¿Pero qué dices, estás loco?

— Debía de estarlo, además de muerto de miedo. Antes de la visita del conde, recibí la de su hija. Se ofreció a facilitarme la fuga a cambio de que yo la ayudara a llegar junto a su amado Ali Bei. Planeamos salir aquella misma noche, ella vendría a sacarme del calabozo, había conseguido sobornar a un par de criados y tendrían un carruaje preparado. En cuanto anocheció, según lo planeamos, ella me abrió la puerta de mi encierro, salimos por un pasadizo y al final tras una puerta que daba a un patio interior, encontramos el carruaje. Imagínate mi sorpresa al hallar en el interior del carro al conde departiendo amigablemente con un desconocido de aspecto moruno. Inmediatamente saliendo de las sombras, dos docenas de guardias armados, volvieron a apresarme.

—¿Qué significa esto? Pregunté al conde. Su acompañante abrazado a Alba Iulia, le preguntó señalándome:

—¿Es él?

— Si Ali, es él.

— Alba, ¿qué pasa aquí?

— Mi padre deseaba una prueba de tu lealtad.

—¡Me has engañado! La muy bruja, estaba compinchada con su padre y su amante el pachá.

—¿El moro?

— El mismo. El padre deseaba la felicidad de su hija, consintió en su amor con Ali Bei, pero la quería casada con un noble, para que su nieto heredara los títulos y poderes nobiliarios. Llegado el caso, incluso, el pachá podría cederle sus derechos sobre sus dominios, pero eso ya se vería. Volvieron a encerrarme, encadenado esta vez. Al día siguiente me visitó el maldito conde para explicarme sus planes. Estos habían variado levemente. Ante mi rompió la carta donde supuestamente solicitaba la abdicación de mi padre.

—¿Eso quiere decir que renuncia al título de Vaivoda, para su nieto bastardo?

— Ni hablar, mi hija se casará con el Vaivoda de Valaquia.

— No sueñe, conde. Yo no me casaré nunca con la bruja de...

— Tú no eres el Vaivoda, Wládimir. Alba Iulia, se casará con el actual Vaivoda de Valaquia...

—¿Pero ese es mi padre. Eso es imposible!

—¿Imposible? Ja, ja, ja...

Salió de allí riéndose a carcajadas, me dejó muy intranquilo. Perdí la noción del tiempo, me traían de comer a diferentes horas e ignoraba en que día me hallaba. En una ocasión se abrió la puerta de mi celda y me sacaron en volandas dos forzudos que no me dieron ninguna explicación. Me puse muy nervioso, cuando me vi camino de la cripta. Al pasar frente a una ventana, me pareció que era de noche. En el interior de la cripta, todo parecía a punto para otra sangrienta ceremonia. El conde vestía la túnica de la otra noche, se me acercó y me dejó helado.

—¿Qué te dijo?

— Me dio el pésame por la muerte de mi madre.

—¿Qué?

— Lo que oyes. Y añadió que me alegrara por la próxima boda de mi padre con su querida hija Alba Iulia...

—¡¡Cristo bendito!! Y tu padre, ¿no se interesó por tu situación?

— Ya lo puedes decir. Le dijeron que tuve un accidente, o que me había fugado con una de las odaliscas, o algo similar, que sé yo. Me obligaron a tragar un extraño bebedizo que me provocó una especie de trance. Entraron los demás oficiantes, cubrieron la tumba con el paño blanco y me pusieron sobre el altar. No me podía mover, me sentía paralizado, todo me daba vueltas. Comenzaron los ritos, las plegarias, a cada rezo me desnudaban un poco hasta quedar en cueros vivos. Quemaban algo que me escocía los ojos provocándome las lágrimas. El conde me pintarrajeó el cuerpo con signos extraños, apareció una preciosa muchacha, desnuda,

como ida. También la pintó las señales cabalísticas. Al final de una de las oraciones, se subió sobre mi y se abrió de piernas. Ignoro si fue el bebedizo, o aquella embrujadora doncella, que no paraba de restregarme sus hermosos senos contra mi cara: sus duros pezones rozándome los labios, los ojos, las mejillas, me provocaron una erección como no había tenido nunca anteriormente. Me poseyó o debería decir yo a ella. La cuestión es que nunca antes había sentido la sensación de copular con una hembra y aquello fue extraño, agradable, la verdad fue fantástico.

— Estoy seguro de ello, Wladimiro.

— A punto de alcanzar la cota final de placer, sentí un tremendo dolor en el cuello.

—¿¡Drácula te mordió!!?

— Eso debió ser. Todo me daba vueltas, el olor de la estancia, el mal ambiente, la gente danzando a mi alrededor, el terrible dolor en el cuello. Debí perder el conocimiento.

— No me extraña, ¿y qué pasó luego?

— Desperté medio ahogado, tosiendo, con nauseas. Me estaban haciendo tragar otro bebedizo de un amargo sabor. El conde con las fauces y barbilla ensangrentadas parecía hacer una ofrenda.

—¿Dios mío, le arrancaron el corazón a la moza que se te tiró?

— No. Creo que la ofrenda en aquella ceremonia, era yo mismo. Aquella hiel, que me obligaron a beber, me transformo en un muerto viviente.

—¿Como un zombi?

—¿Qué es eso?

— Déjalo, continua.

— El conde se me acercó al oído y me dijo algo así como que siempre viviría pero sin vivir. En aquel momento no le comprendí. Ahora si que lo entiendo, soy un maldito espíritu que necesita invadir un ser vivo para vivir. Me colgaron un extraño medallón al cuello, la ceremonia debía concluir, los allí presentes muy excitados por todo lo sucedido, comenzaron a acariciarse unos a otros. Algunas parejas, copularon allí mismo, incluso apoyándose encima de mi, procuraban mancharse las manos con mi sangre y pringaban a sus parejas de ese modo.

— Vaya orgía.

— El conde que era sobado por un par de odaliscas, aparentemente afectadas de furor uterino, me dijo que si llegaba a perder aquel medallón ya no recuperaría jamás la condición humana.

—¿Qué se ha hecho del medallón?

— Estaba entre los restos que te llevaste a tu habitación...

—¿Aquel pegote de fango con pequeños restos metálicos dorados?

— Eso es lo que quedaba de la joya.

—¿Y cómo leche has llegado hasta estos mares?

— Me encerraron en un cofre, bastante pequeño. Recuerdo que me apretaron las rodillas contra el pecho.

— Se dice en posición fetal.

— Como se diga. Aterrorizado oí como cerraban con tres llaves el cofre y lo envolvían con gruesas cadenas. Luego me arrojaron a un río. Debía tratarse del Theiss, un caudaloso río de mi tierra, que es afluente principal del gran Danubio. Tuve suerte que la caja no se hundiera, pues ahora estaría perdido en cualquier fondo cubierto por el fango. A través del gran Danubio...

— Fuiste a parar al Mar Negro y una vez allí las grandes corrientes te empujaron hasta el Bósforo y fuiste a parar al Mediterráneo.

—¿Qué corrientes son esas?

— El Mar Negro recibe muchísima mas agua dulce, de los grandes ríos europeos, que la que pierde por evaporación, lo que provoca unas fuertes corrientes en dirección al estrecho del Bósforo. Las aguas superficiales tienen una velocidad de entre tres y cuatro kilómetros por hora en el estrecho.

— Bueno, pues eso, la cuestión es que yo en estado de trance hipnótico no podía hacer nada por mi liberación. Navegaba o mejor dicho era llevado por las caprichosas corrientes sin rumbo fijo.

— Claro del Mediterráneo a través del estrecho de...

—¿Otro estrecho?

— Si, el de Gibraltar. Pasaste al gran Atlántico y aquí estás.

— He vagado entre medias aguas, durante largo, larguísimos años.

Hace algún tiempo se me tragó un gran pez.

— No era un pez, sino un cetáceo. Una ballena seguramente.

—¿Qué mas da que fuera un pez o un cetáceo?

— Los cetáceos son mamíferos, los peces no.

—¿Y qué?

— En el mar no hay peces tan grandes. Y los restos encontrados en la tripa de aquel pez eran de una ballena.

— Ves como era un pez.

—No he dicho eso, bueno da igual, continua.

— La cuestión es que de la panza de aquel, aquella bestia aquí estoy.

— Claro los ácidos gástricos del animal, deshicieron las cadenas que atenazaban el cofre y luego consumieron tu medallón.

— Lo que tu digas.

—¿Pero, por qué no poseíste al animal?

—¿Qué estás diciendo, loco?

Sonó el despertador y Bienvenido despertó. Se desperezó y estiró cuanto le permitían los miembros, aquel final de la historia, parecía haberle dejado medianamente satisfecho.

Se levantó de muy buen humor. Tenía un extraño sabor de boca. Se aseo y subió al comedor a desayunar. Allí se encontró con sus amigos sentados en la misma mesa que el sanitario, comentaban un hecho lucrativo, sucedido aquella noche:

—¿Qué sucede, a qué vienen esas caras?

—¿No te has enterado?

¿De qué, qué pasa?

— Ha aparecido muerto el Mariano.

—¿Cómo que ha aparecido muerto?

— Si, hombre, tirado en su litera con el cuello destrozado, a mordiscos, o al menos eso dice éste.

—¡Venga ya hombre, a mordiscos!

— Como lo oyes, tú.

— Bienvenido, ¿tú no tendrás nada que ver en eso, verdad?

—¡Estás loco!, ¿qué pinto yo en esa muerte?

— No nada, pero como estos dicen que estás poseído.

—¡Tonterías!

Se levantó y fue a servirse el desayuno. Cuando regresó a la mesa los otros murmuraban algo, se callaron en cuanto él tomó asiento. Los miró extrañado:

—¿Bueno qué pasa? —preguntó mientras sorbía su taza de café caliente.

— Hay quien afirma, que te vio ayer rondando por la tercera galería. Allí se alojaba el tal Mariano.

—¿Y qué?

— Bienvenido, tú, te encuentras bien. Ultimamente...

En ese momento entró el capitán acompañado del oficial de pesca y del médico, se dirigieron a la cabecera del comedor, el capitán se volvió y comunicó, muy serio, a la concurrencia:

— Señores, esta noche se ha producido un trágico incidente a bordo. Mientras no se aclare lo sucedido, todos estamos bajo sospecha. En cuanto lleguemos a puerto, las autoridades tomarán cartas en el asunto, mientras, confío que todos se mantendrán alerta y se guiarán por el sentido común. Si alguno de ustedes tiene alguna información que aportar que venga a mi despacho, o si lo prefiere se lo comunique a la policía en cuanto lleguemos a puerto.

El hombre muy afectado, con la gorra de su uniforme de Oficial de la Marina Mercante bajo el brazo, estaba desconcertado, en otras ocasiones había tenido que sufrir pérdidas entre su tripulación, pero siempre accidentes por el imponderable del mar y las labores propias de su faena. Nunca tuvo que anotar en su libro diario una baja por «presunto homicidio». Aquello le llenó de incertidumbre. En cuanto los jefes marcharon, los comentarios se dispararon:

—¿Qué ha querido decir, con eso de «las autoridades»?

— Pues que no nos dejaran bajar a tierra, mientras no pillen al culpable.

—¡Vaya putada!

— Ya lo puedes decir Damián.

— Pero, ¿me podéis explicar de una vez qué es lo que ha pasado?

— Yo tengo que irme.

— Vale Genaro, hasta luego.

— Yo también me voy.

— Y yo.

Se quedaron solos Bienvenido, aquel día entraba más tarde de servicio, y el sanitario. Mientras se comía el bocadillo de mortadela que había pedido con el café, inquirió con la mirada a su acompañante:

— El Mariano, era un buen hombre. Ha aparecido esta mañana con el cuello abierto. Alguien le ha cortado la yugular y le ha desangrado.

—¿Cómo quieres decir desangrado?

— Si hombre, una herida así tendría que haber producido un enorme charco de sangre. En el cuerpo llevamos unos siete litros e hiriendo una de las principales arterias como esa...

— Si eso ya lo he comprendido, pero que es lo que decían antes de...

—¿Mordido?

—¿...?

— Los cortes no parecen el resultado de un arma blanca. Son incisiones producidas por dientes, colmillos.

—¿Cómo podéis saber eso?

— Hombre, Bienvenido.

—¿Si cómo puedes estar tan seguro?

— El doctor, te recuerdo, también es el oficial veterinario y ha visto montones de heridas producidas por dentelladas y así lo ha certificado.

—¿Joder!

— El cadáver está en una de las cámaras frigoríficas a la espera que un forense lo examine, en el puerto. Tú no tendrás nada que ver, ¿no?

— Es la segunda vez que me lo preguntas.

— No, es que una vez te oí hablar en sueños y mencionaste aquel nombre.

—¿Qué nombre?

— Drácula.

— Te tomarán por loco, o borracho, si dices algo de esto.

Bienvenido se levantó, para llevar su bandeja a la barra y marcharse. El sanitario le agarró por el brazo y le dijo, mirándole fijamente a los ojos:

—¿Quieres verlo?

—¿Ver, el qué?

— El cadáver de Mariano.

—¿Para qué?

—¿No te atreves?

Parecía un desafío, pero Bienvenido no alcanzaba a comprender el alcance del mismo:

— De acuerdo, ¿cuando quedamos?

— Después de cenar en la nevera Tres.

El sanitario le soltó el brazo, mayormente porque todos les miraban, Bienvenido asintió y tras dejar la bandeja en el lugar destinado a tal fin, marchó a sus obligaciones.

La jornada transcurrió sin muchas alegrías entre la tripulación, cada uno cumplió con su faena. Los comentarios y opiniones sobre lo sucedido tendían a la exageración, los rumores aumentaban y las historias sobre malignos espíritus marinos circulaban por doquier.

Al llegar la noche, Bienvenido bajó hasta la cámara frigorífica Tres, al poco llegó el sanitario:

— Hola, ¿qué, nervioso?

—¿Por qué habría de estarlo?

Entraron, hacía mucho frío, claro. Fueron hasta el fondo, dentro de una bolsa de plástico transparente y encima de un montón de cajas de merluza, estaba el fiambre. Tal como se acercaban, Bienvenido se notaba algo en el estomago, sería por el intenso frío o que la cena le sentó mal.

—¿Qué te pasa?

— Me siento, como mareado.

Destapó el cadáver y llamó a Bienvenido para que se acercara, así lo hizo. El infortunado Mariano, yacía con la cara azulada por el frío. El cuello destrozado a dentelladas, como si un tiburón inexperto le hubiera mordido varias veces. No se veía la carne desgarrada, mas bien varias incisiones a lo largo de la vena yugular, como si le hubieran mordido con avaricia, deseando concluir pronto la tarea. Bienvenido, al mirar tuvo unas nauseas incontenibles, se apartó para vomitar la escasa cena que ingiriese antes.

Lo que mas le aterraba es que aquella cara le resultaba familiar. Pero no porque ya le conociera de antes y hubiera trabajado con él en varias ocasiones, no, aquellas laceraciones, aquel pescuezo le resultaba terriblemente familiar y próximo:

— Mejor que nos vayamos.

Salieron sin decir nada. Dejaron los abrigos isotérmicos en la taquilla de la entrada y ya en el pasillo:

— Bienvenido, si deseas comentar algo que te esté sucediendo.

— No me pasa nada. Bueno, he tenido unos sueños extraños.

—¿Qué clase de sueños? ¿Otra vez aquel naufrago?

— Si es un hombre antiguo, está perdido. Y se me aparece en sueños.

—¿Sabes que a bordo se han dado otros casos?

—¿Cómo?

Caminaban por el pasillo, hacia la cantina.

— No debería decirte esto. Es un secreto médico, pero se han dado otros casos de gente que ha tenido sueños extraños.

—¿Qué sueños son esos? ¿Quién ha soñado?

— Todo el mundo sueña. No te puedo decir nombres, la gente sueña lo normal: islas tropicales con tías macizas en cueros y cosas así. ¿Qué sueñas tú?

— Se me aparece un individuo que me cuenta la vida de su familia. Por lo visto se tenía que casar con una moza a la que no amaba y el padre era el cacique local y cosas así.

— Muy interesante, deberías ir a ver al doctor.

—¿Tú crees?

Cuando entraron en la cantina, la gente por lo general muy animada a aquellas horas, consumía sus bebidas y miraba la televisión en silencio. En un momento u otro quien mas quien menos había sufrido

la pérdida de un compañero: un amigo, un familiar incluso. La mar es así, cuando menos te lo esperas viene y se cobra su tributo. Esa muerte aunque dolorosa, por lo menos tiene su dignidad. Cualquier marinero o pescador preferiría mil veces perecer de ese modo: peleando con la mar, antes que a manos del asesino que ahora convivía entre ellos.

Cuando entraron Bienvenido y su acompañante, les miraron de reojo. Pronto llegarían a puerto y todo se aclararía. Uno a uno fueron desfilando a sus camarotes. Bienvenido se acostó bastante apesadumbrado. En cuanto se durmió Wladimir se presentó:

—¿Cómo te va Bienvenido?

—¿Wladimiro, tienes algo que ver con la muerte de Mariano?

—¿Quién es ese Mariano?

— El individuo del tatuaje en el hombro.

Se despertó sobresaltado, muy asustado. Recordaba su reciente sueño y se preguntaba como diablos sabía él, lo del tatuaje de Mariano si el sanitario no le destapó mas allá del cuello.